

conmover aún a clericales tan recalcitrantes como Zuloaga y como Cobos. Este, en uno de los períodos de un manifiesto que expidió el 20 de julio de 1862, expresábase, desde San Thomas, con las palabras siguientes:

"El rechazo de Guadalupe, no causó pena ni disgusto en nuestro cuartel general; por el contrario se notaba en los más cierta satisfacción de orgullo nacional, que a nadie de los que mandaban inspiró recelos. Aun tengo entendido que en Chietla, en alguna reunión de jefes, se brindó por el valor de los mexicanos al frente de un ejército que ha aspirado a preponderar en la guerra, y cuyas huestes, que ostentan con orgullo en sus pechos las glorias de Magenta y Solferino, fueron rechazadas y obligadas a retroceder en mal estado treinta y cuatro leguas... ¿Y cómo podía yo no celebrar también una gloria que tocaba a la nación y no a ninguno de sus partidos? Lo repito: de todo esto me sentía regocijado y me felicitaba de ver el mismo espíritu en todos mis compañeros".

IGNACIO ZARAGOZA Y LA BATALLA DEL CINCO DE MAYO EN PUEBLA

—Continúa y concluye—

Magnánima hidalguía con los vencidos — Voto de gratitud elevado por los franceses residentes en Puebla — Lo importante para el clero era el exterminio de los enemigos — La salvación de las almas le tenía sin cuidado — La influencia de la rutina sobre las más groseras supersticiones — Juicios torpes y contradictorios de los filibusteros que vinieron a pescar en río revuelto — El asombroso valor de los defensores de la patria — Hay un momento en que hasta el estrafalario don José Zorrilla exalta el arrojo mexicano

CAPITULO XVI

IGNACIO ZARAGOZA Y LA BATALLA
DEL CINCO DE MAYO EN PUEBLA

—Continúa y concluye—

"El borracho atribuye al salmón picante
su dolor de cabeza; el hombre que nos
odia nos **da** una razón, pero no **la** razón".

WILLIAM MAKEPEACE THACKERAY.

CON justa razón se ha hecho resaltar la hidalguía con que después de que opulentos lauros coronaron sus armas, condujéronse los mexicanos; quienes empezaron por no escatimar entusiastas elogios al siempre magnífico valor de los soldados franceses.

Numerosos artículos de la prensa periódica de la época, demuestran con su esplendorosa imparcialidad cuán loable fué ese proceder excepcional. No menos que el manifiesto que el Congreso de la Unión puso a circular el 9 de mayo, y que contiene conceptos como estos:

"Dios ha protegido la causa de la justicia, han venido en el ejército francés los cuerpos más distinguidos en las campañas de Crimea y de Italia; y sin embargo, con menor número

y con menos elementos de guerra, han empezado a triunfar la guardia nacional y el ejército mexicano. Los soldados franceses, que han vencido en todas partes donde defendían una causa noble y digna, reconocerán la justicia de su desastre, porque combatían sin motivo para atacar la independencia de un pueblo. No se retirarán con vergüenza porque han probado siempre su valor; pero sentirán la amargura de haber sido rechazados en una guerra inicua, porque los representantes de su gobierno han querido hacerlos instrumentos de la codicia, la perfidia y la traición".

UN ALTÍSIMO EJEMPLO DE MAGNANIMIDAD HACIA EL ENEMIGO PONEN LOS MEXICANOS

Si de inaudita debió de ser calificada esta victoria por quienes en el Viejo Continente consideraban a México país poco menos que salvaje; no menor asombro ha de haberles producido la forma en que aquí se extremaban los principios de la más exquisita caballería, para con los vencidos. En contraste con el desprecio mostrado por los comisarios franceses, civiles y militares por igual, hacia la obligación solemnísimamente contraída, hacia la palabra formalísimamente empeñada.

A esto agregábanse las infinitas atenciones de que hacía-se objeto a heridos y prisioneros. Actitud tan evidente, noble y humanitaria, que indujo a muy numerosos y significados miembros de la colonia francesa de antiguo radicada en Puebla, a dirigir al gobernador y comandante militar del estado, general Santiago Tapia, un testimonio de espontánea gratitud, fecha 9 de mayo, cuya transcripción enorgullece:

"Excelentísimo señor general: Los que suscribimos —expresaba el documento—, habiendo presenciado todas las delicadas atenciones de que se hallan rodeados los prisioneros franceses, y muy particularmente los heridos, venimos a cumplir con el sagrado deber, manifestando a V. E. cuánto ha conmovido nuestro corazón una conducta tan noble y generosa de parte del gobierno hacia nuestros compatriotas, que los azares de la guerra han hecho caer prisioneros o se encuentran heridos. Autorizados por un especial favor de V. E. a visitar y auxiliar a nuestros desgraciados compatriotas, **somos los fieles intérpretes de los sentimientos de gratitud que**

los animan por los cuidados esmerados que reciben.—Sírvese V. E. admitir, a nombre de todos nosotros la expresión sincera de nuestros agradecimientos, como también la presentamos a los señores facultativos, practicantes y oficiales del ejército que visitan diariamente a los enfermos, dándoles muestras de simpatía.—Reiteramos, etc."

EL PRESIDENTE ACUERDA LA DEVOLUCION DE CONDECORACIONES RECOGIDAS AL ENEMIGO

No pararon allí las magnánimas pruebas de nobleza en que los conspicuos jefes republicanos abandonaron después de la victoria, que naturalmente secundaban las tropas bajo su mando.

Los heridos franceses prisioneros, conforme iban logrando su restablecimiento, eran devueltos a su campo, bien provistos de fondos para que sin mayores penalidades pudieran reintegrarse a él.

Mas como si esto no fuere todavía bastante, el general Miguel Blanco, ministro de la Guerra, dirigió al general en jefe del ejército de Oriente, una comunicación, el 10 de mayo, en que le participaba que, por acuerdo del Presidente Juárez, deberían ser devueltas las condecoraciones que habían sido recogidas a los expedicionarios franceses por los bravos defensores de Puebla; condecoraciones cuya contemplación muy hondamente había conmovido al general Zaragoza.

Pues hacía-se la reflexión de "que los desgraciados que las hubieran merecido por hechos distinguidos, cuya memoria es superior a la misma muerte, no las desmerecen en ninguna manera, porque sumisos y debidamente subordinados, han venido a nuestro suelo a traernos una guerra inicua y loca, de cuyo origen y consecuencia serán responsables los que la previnieron".

Este era el Benito Juárez a quien el autócrata usurpador que desde los colmados parisienses se encaramara al trono de Francia, y a quien, según el decir de Molé, "todo sentimiento noble, toda inspiración generosa, le eran desconocidos", hacía aparecer como un monstruo escapado del averno, y cuyo solo nombre, si pronunciado en su presencia, ponía frenético de indignación y de rabia, al Pequeño Bonaparte.

AL ALTO CLERO NO LE PREOCUPA SALVAR
ALMAS, SINO EXTERMINAR A SUS ENEMIGOS

En contraste con la generosidad republicana, el cristianísimo gobernador de la mitra de Puebla, vedaba categóricamente al capellán castrense Vicente Guevara, por lo que a los defensores del patrio suelo se refiere, "administrar los socorros espirituales a los moribundos, porque en el estado de excomunión en que se hallaban, sus confesiones no tendrían ningún valor".

Quizás un espíritu moderno, despojado de las grotescas supersticiones religiosas que los clérigos se esmeraban y aún se esmeran en perpetuar, para que no se les escape el dominio absoluto de las conciencias, garantía segura del disfrute del nada despreciable reino temporal; no acierte a comprender cómo podía haber republicanos, hombres ilustrados y de ideas avanzadas, que no morían tranquilos si un individuo disfrazado de la cabeza a los pies con las vestiduras sacerdotales, no les daba la absolución. Pero debe tenerse en cuenta que la labor fanatizadora emprendida por los frailes, llevaba siglos de estar siendo desarrollada y fomentada en nuestro país, y que no es posible desechar en un momento un credo, por absurdo que sea, que ha venido estigmatizando de superstición al ser humano, desde el momento mismo en que hace su aparición en este mundo.

ACUDIASE A SOFISMAS PARA EXPLICAR EL REVES
ANTES QUE RECONOCER EL HEROISMO MEXICANO

Hubiera sido necio esperar que los turiferarios del régimen imperial consintieran jamás en emitir un juicio desapasionado y sereno, equitativo e imparcial, sobre el descalabro padecido en Puebla por las tropas francesas, reputadas hasta entonces como invictas. ¡Ni cómo iban a reconocer, ni mucho menos a proclamar, el valor, la abnegación, el patriotismo ni la heroicidad de los defensores de la República, de aquellos hombres que, por la carencia de elementos con qué enfrentarse al enemigo, a veces no oponían más que su cuerpo casi, a los ataques del, por aquel entonces, ejército mejor dotado del mundo!

Así veremos al parcial y rencoroso conde de Kératry, buscar un chivo expiatorio, que en este caso será el dipsómano Saligny:

"Pero la derrota de Puebla —dice éste— tuvo por causa principal la ignorancia completa en que M. de Saligny, que estaba investido de amplios poderes y que acompañaba al ejército, encontrábase en lo que a las inclinaciones de la plaza y de la población se refiere. El general —Lorenz—, engañado por los asertos de la mal informada diplomacia, se lanzó recto y de frente, convencido de que las calles de Puebla estaban adornadas de arcos triunfales en honor de nuestros soldados libertadores (!). Cruel equivocación que debió haber sido prevista. ¿Ese era el partido de los emigrados, que de mucho tiempo atrás envejecían fuera de su país; el que podía dar saludables consejos? ¡Aparte de que habíase tomado por aliado al general Márquez, conocido en México por su crueldad, y culpable de haber hecho quebrantar, de orden del presidente Miramón, rebelde a la autoridad de Juárez, y con sus soldados, el sello oficial y los cofres de la legación inglesa para sustraer 7 millones de francos que allí estaban en depósito; culpable, además, de haber hecho fusilar a los heridos nacionales y extranjeros encamados en los hospitales de Tacubaya! ¡Y es así como íbamos a presentarnos bajo el aspecto de libertadores a los mexicanos, que desbordaban en odio contra Márquez, soldado vigoroso, pero en quien el soldado tenía apetitos de verdugo! El último sitio de México —el autor se refiere a cuando el archiduque Maximiliano había ya caído en la ratonera de Querétaro—, que este general defendía tres semanas hacía, señalóse por excesos que, según confesión misma del infortunado Maximiliano, deshonraban la causa imperial. El general Márquez tenía que ser naturalmente nuestro aliado, puesto que es él quien, desde 1861, tenía en sus manos los hilos de la conspiración francomexicana".

LOS AUDACES FILIBUSTEROS CEGADOS POR LA PASION
AVENTURABAN JUICIOS TORPES Y CONTRADICTORIOS

Muy espesa era la venda que los ojos del comentarista envolvía, para que pudiera apreciar la sencillez de la cuestión, y muy grande su despecho por la derrota del imperio en quien, seguramente, como todo soldado de fortuna, cifraba la realización de delirantes sueños de poderío y de riqueza. Su obcecación y su ceguera, condúcenle a incurrir en frecuentes contradicciones, tan palmarias como la que encierra el siguiente párrafo, que no resistimos a la tentación de traducir:

"México es un país maldito, donde la palabra patria no resuena. Está dividido en dos partidos, que se intitulan de los clericales y de los liberales, sin hablar de los bandos de todos colores que pillan las ciudades y en nombre de Dios o de la libertad exigen rescate a los viajeros. En ambos partidos hay sin duda personalidades honorables que gimen por la decadencia y por la guerra civil. Pero, mientras cinco millones de indios trabajan y sufren, los clericales quieren conservar lo que a costa de la prosperidad general han adquirido, y los liberales quieren enriquecerse y alcanzar honores. Todos son culpables. Los liberales, fieles a la constitución, no han incurrido en el oprobio de haber entregado su territorio al extranjero. Único mérito del presidente Juárez si se quiere; pero allí reside su fuerza. Francia debió contar con esta fuerza. Es ella la que dará a Juárez, frente al tribunal de la historia, el beneficio de las circunstancias atenuantes".

Fácil es apreciar en las líneas anteriormente transcritas, cómo la pasión sectaria, o la abortada ambición, deformaba las imágenes a quienes tan desenfadadamente habíanse abrogado el papel de "redentores de México y de los mexicanos".

Como el lector menos avisado habrá visto, De Kératry empieza aseverando que México era un país donde la palabra patria no resonaba ya, y a poco andar reconoce que los liberales no habían incurrido en el oprobio de entregar "su patria al extranjero"; esto es, aquilata su patriotismo. Cuanto a las otras necesidades de que los republicanos perseguían el enriquecimiento, los hechos estaban demostrando lo contrario, y en las páginas de nuestra historia hay constantes prendas de que su austeridad, su probidad, su frugalidad y su patriotismo, fueron proverbiales.

Sino que a los aventureros alienígenas, fementidos defensores del imperio de Maximiliano, que vinieron a México acompañando al iluso príncipe en bancarrota; ocúrreles que con frecuencia hacen tabla rasa de liberales y de conservadores, cuando pretenden juzgar a los primeros, —a quienes no tuvieron oportunidad de conocer íntima y verídicamente— y medirles con la misma vara que a los segundos que, ellos sí, incurrieron en el oprobio de entregar su tierra al extranjero, y cuyas lacras morales, los secuaces del archiduque y de Napoleón III, pudieron apreciar tan minuciosamente, como el laborato-

rista que ejecuta un análisis, las bacterias que pululan en una expectoración tuberculósica, que al microscopio examina.

SIN EMBARGO, EN OCASIONES NO LES QUEDABA OTRO REMEDIO QUE PROCLAMAR EL TEMPLE REPUBLICANO

No daremos conclusión al presente capítulo, sin insistir en que "en un país maldito, donde el nombre de patria no resuena", no es explicable se produzcan varones que, llevando su resistencia y su estoicismo hasta increíbles extremos, como los que más tarde multiplicaron en el sitio de Puebla; anteponen a todo, hasta a la muerte misma, la conservación de la independencia del suelo que su cuna ha sido.

Varones que con su espartanismo, obligaron aún a aquel estrafalario y ripioso poeta don José Zorrilla, que hablando por boca del despecho puso de oro y azul a México y a los mexicanos, que con el triunfo de la República, le arruinaban la teatral situación que tenía al lado del "archiduque", como su lector de cámara y director del coliseo imperial; a escribir estas líneas laudatorias de la temeridad mexicana:

"Avanzaban los franceses sobre Puebla y le pusieron sitio: Una de las cosas que con más cuidado traía a los mexicanos, era la destreza maravillosa con que se decía que los zuavos manejaban la bayoneta. Había quien aseguraba que ensartaban moscas en ella, y que un solo francés con aquella arma daba cuenta de tres jinetes mexicanos armados de lanza. Se formalizó el sitio: atacaron los franceses y resistieron los mexicanos; éstos se batieron como buenos: yo soy quien te lo digo, Pedro —el novelista Pedro A. de Alarcón, a quien el poeta se dirige—: la prueba es que el resultado final de la destreza de los bayonetistas franceses en los ataques a la bayoneta con los mexicanos, era que el francés ensartaba en su bayoneta al mexicano por debajo del esternón, mientras el mexicano introducía la suya al francés por la mismísima boca del estómago, quedando ensartadas en sus fusiles muchas parejas de muertos de ambas naciones. A estas infelices parejas les llamaron los mexicanos los **jemelitos** (las mancuernitas, que es como se llama allá los dobles botones del puño de las camisas); y esta sola palabra, igualando al soldado mexicano con el francés, destruyó el prestigio de la superioridad de éste

sobre aquél. Y aquí concluyó el miedo a las bayonetas francesas.

"Lo mismo hicieron con todo, y así avanzó la intervención por la comarca de México, hasta dejar a Maximiliano y Carlota en su trono y su capital".

Napoleón sextuplica su Ejército y comete su mando a Forey

Necesidad de acumular mayores contingentes de ocupación — Lorencez indeciso — Permite que Márquez se ponga al habla con Almonte — Las tropas del Tigre de Tacubaya, chusmas de andrajientos — Honrosa excepción entre el infame clero — Zaragoza y Ortega exhortan al invasor a desistir de su empresa — Malógrase un golpe de mano en el Cerro del Borrego — El revés republicano y los dicitos de un aborto fornecino — Los adictos a la intervención no aparecen por lado alguno — El emperador sostiene a Saligny contra viento y marea